

Sos individuos llamados de la "calle" EN LA ISLA DE MALLORCA

Por PEDRO ALVAREZ

HAY en Palma de Mallorca una calle cuyo ambiente gremial y prestigio medievales me atrajeron desde el primer día que la visite. Se llama por antonomasia, y despectivamente, «la Calle», a secas. En este nombre genérico late una preocupación de viejos resquemores que ni el tiempo ha logrado vencer ni el olvido superar. Al contrario, siguen latentes en un silencio de simuladora convivencia y de desagradables suspicacias que un extraño no puede captar sino en la mimica expresiva de un gesto de desagrado o en el enloznamiento de azarosa vergüenza cuando se pronuncia la palabra «chuetas», peyorativa de una rara situación que el aislamiento ha contribuido a mantener y la idiosincrasia no ha podido hoy día más que mitigar.

En un Memorial elevado al Rey Carlos III en el año de 1773 pidiendo los «diputados de los demás «individuos de la Calle», de estirpe hebrea, pero españoles de nación y católicos de profesión», ser equiparados a los demás habitantes de la Isla, dicen aquéllos que «han tolerado por mucho tiempo con indecible paciencia su exclusión casi total de las clases, honores, empleos y comodidades que debe participar cualquier vasallo natural y de buenas costumbres en los Estados Eclesiástico y Seglar, sufriendo al mismo tiempo las contribuciones, servicios, establecimientos y demás cargos públicos, en cuya recompensa parece que sólo se les concede el permiso de que el vulgo los diga con el vergonzoso apodo de «chuetas», alusivo a su origen». En el número 5 del mismo Memorial hacen relación a su llegada a la Isla: «Acosados de extranjeros rigores tomaron asiento en aquella Isla, y domiciliados en ella, abrazaron nuestra Santa Fe desde el año 1435.» En el número 8 prosiguen: «Los Señores Reyes Católicos mandaron arrojar de España con pena de muerte todos los judíos y demás infieles en 13 de marzo de 1492. El Sr. Don Felipe II no admitió muchos estados que querían rendirse por la condición que exigían de permanecer con libertad de conciencia. Y, por último, en el año 1610 se ejecutó la expulsión de los Moriscos.»

No copiaré más de estos alegatos y fundamentos en que basan su petición y súplica «los diputados de los demás «individuos de la Calle»; sólo por pinico erudito establezco una similitud que he hallado entre el aserto del número 6 del Memorial: «... Las virtudes personales deben caracterizar los sugetos como sólido manantial de sus gerarquías.» Y en el siguiente: «Todos los mortales son hijos de Adán y todos descienden de Judíos ó Gentiles. La mayor o menos inmediación a su origen no es efecto de la virtud, culpa o elección de los actuales vivientes», con el que a Fernando de Rojas le lleva a decir—tal vez por idénticos motivos y complejo de inferioridad social—: «Ruín sea quien por ruín se tiene. Las obras no hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud» (1).

Y lo que en Castilla, por ejemplo, es ya sólo un repente intuitivo del idioma cuando se avivan los posos para el dicho decidero popular, cuya precisión e ignorado origen hay que colegir algunas veces con más suerte que sabiduría y de-

(1) A D. Francisco Maldonado, profesor de la Universidad de Salamanca, le brindo estas briznas de parangón, como continuación de aquella charla sostenida un día en su casa sobre «La Celestina» y su autor.



ducciones (2), aquí, en Mallorca, es casi hoy día un estado «sui generis» de animadversión, apenas reprimido por una táctica convivencial, que llega hasta el estímulado referido a suma delicadeza como cortesía social para no pronunciar la bochornosa palabra «chuetas», casi siempre un insulto desagradable.

«Chuetas» (3) viene del mallorquín, «chuya»: tocino. Sin duda hace referencia a las prácticas realizadas por algunos conversos durante los primeros tiempos de su entrada en el seno de la Iglesia Católica merced principalmente a las predicaciones de San Vicente Ferrer durante su estancia en la Isla, los cuales, llevados por su neofitismo a desterrar todo recelo en la sinceridad de su fe y lo acendrado y puro de su conversión, verificaban ostensiblemente a la puerta de sus casas freiduras de tocino para que los «cristianos viejos» no entraran en suspicacias contra ellos (4).

(2) Tal la frase de «Nos van a meter fe católica y tocino» que oí de una mujer yendo de viaje por mi tierra, para significar con ella las molestias que sufriríamos por tener que subir a nuestro departamento en la estación próxima muchos viajeros. A este grito de «Fe católica y tocino» se verificarían algunos asaltos a juderías; pero ahora, perdida su primitiva crudeza, queda en un profundo discurrir en su sentido y origen, aplicado el primero en las acepciones distintas a la que lo motivó seguramente. Más precisa en esos dos aspectos, aunque no se refiere a la cuestión presente, y sólo a título de ejemplo, es la de «Cayó como un templario»; todavía circula por mi tierra con verdadera profusión para indicar lo deleznable de las cosas que desaparecen súbitamente. Y así hay otras muchas frases que no vienen al caso y que señalan el efecto causado por algún acontecimiento de relieve en el sentimiento popular.

(3) Esta palabra se carga ya con el flúido cariñoso suficiente para pasar con el tiempo a ser un término que no expresará repugnancia ni síntoma de complejo social. Ya hoy día, como muestra de cariño y confianza, se hace a los niños que acuden a las visitas con sus padres mamolas tiernas en las que se dice: «Y tú, ¿qué haces?; ¿qué dice el «chuetoncito»?», sin que su progenitor viva o proceda del barrio de «la Calle».

(4) Algunos viejos mallorquines me han contado cómo veían a los muchachos de la escuela, en otro tiempo, ir a la calle de la Platería para hacer rabiar a los vecinos atando cuerdas a las patas de la sartén donde freían torreznos, para tirar de ellas y salir corriendo

pero algunas—bastantes—familias continuaron constituyendo un núcleo cerrado, que ha venido conservándose en su pureza racial a través de los siglos (5) por la condición de isla, en la que siguen re-

mar arrulla como al pirata perezoso del velero de «los cien cañones por bandas». Acompañado por G. F. M., un muchacho inteligente, producto mediterráneo de dos entronques raciales, iberosemita, he recorrido algunas tiendas de la calle de Platería para acallar el antojo del «solitario de Buñolas», Miguel Villalonga, cáustica inteligencia, refo agudo y savia ardiente de su propia complexión, quemada como la de un San Lorenzo en los dolores reumáticos de la enfermedad que adquirió en nuestra guerra de Liberación, el cual quería un reloj de plata cursilón y pesadísimo como la muestra de un tratante en caballos. En todos los escaparates interiores y en las hornacinas donde se exhiben las joyas, al amor coruscante de sus reflejos, vi estampas de santos que presidían con advocación gremial y dejo de costumbre inveterada las peripecias mercantiles cotidianas de los plateros. Siguen allí, lo mismo que hace cuatro siglos, primero por temor, luego por costumbre, y hoy día se puede decir que por devoción, vírgenes, santitas ingenuas en el trazo pictórico, sagrados corazones... Para verificar la compra y enseñar un rosario de relojes, evocadores del caballero patillado y del «tren exprés» y últimos días de la diligencia, se abrieron alacenas con viejos crujiidos, resonancias y tonos de una novela a lo Dickens, con sus tipos y sus menudas preocupaciones. Vi caras pecosas, ojos azules, ensortijadas cabelle-ras que enmarcaban miradas vivaces aguzadoras de perfiles puramente semitas.

He sabido después que entre ellos hay dos clases: los nobles o de «oreja alta», y los nobles o «de oreja baja». Me han explicado también cómo estos nobles que llevan apellidos de algunas casas mallorquinas se lo deben a que durante ciertos conatos de avencencia y comprensión, seguramente llevados por el celo de complacer a la Católica Majestad del Rey Carlos III, que resolvió favorablemente el pleito a los «individuos llamados «de la Calle», los mismos y auténticos nobles apadrinaron bautizos dándoles a los neofitos el apellido suyo. Mas como a la larga se prestaba a una confusión, que los campesinos, aparceros y arrendatarios de las casas y posesiones de los señores especificaban con el «señor Fulano, no; el otro», hoy aparecen algunos nobles apellidos con prefiijos y distinciones para no dar lugar a dudas. Poco a poco se van rompiendo algunas trabas al acceso de esta clase social, y son ya frecuentes, relativamente, los matrimonios mixtos.

Y estas son las noticias que he podido obtener de estos llamados «individuos de la Calle» o «chuetas» que en la Geografía de segundo año de bachillerato que estudié me parece aun verlos, con el recuerdo de los primeros años del colegio, saltar entre las rocas, con plumas en la cabeza y una honda baleárica zumbando sobre las tranquilas aguas del mar Mediterráneo, al repasar en mayo, para los exámenes, la lección del Archipiélago Balear.

Hoy día, lo que antes fué problema, luego preocupación, no pasa de ser una tradición que se conserva por el cariño que tiene el mallorquín a lo vernáculo.

Aun continúan muchos habitando las casas de la calle de Platería, núcleo central de la judería antigua, o «Call» = Calle = «la Calle» = Calle (2), por indicar, tal vez, el «dolor físico» de la ciudad y el «reflexivo» de sus habitantes.

Antes de la conquista de Mallorca vivieron los judíos en perfecta armonía con los moros; éstos cultivando la tierra maravillosamente, como lo atestiguan los banales que escalan las montañas plagadas de olivos, el sistema de riego, las norias rudimentarias con cangilones de arcilla, los molinos. También dejaron restos y reminiscencias de su indumentaria en la típica del payés: las calzas holgadas como braguines, el turbante en el pañuelo de colores que ciñe la cabeza del campesino en días de fiesta; el volante y disminuida sotabarba agolillada de las payesas como remedo de cendal que cubría el rostro, y, por último, su influencia en los aires populares, sobre todo en el «Parado», cuyas melodías tienen tan asombrosa cadencia mora. Y mientras los moros ejercían el noble oficio de la agricultura y otros de ella derivados, los judíos, en razón «de que las familias sin fondos ni raíces por necesidad recurren a la industria», se dedicaban a la de los tejidos y metales como terciopeleros y plateros, industria esta última que perdura esplendorosa hoy día en Mallorca.

Con motivo de la resolución favorable a su súplica ante Carlos III los individuos del barrio de «la Calle» se disgregaron;

entre insultos. Los mayores del Instituto, más refinados y sutiles para la ofensa, por la noche, mientras los joyeros y plateros de «la Calle» se dedicaban a evocar y disfrutar del fresco, ellos encendían fósforos y, disimulando hallazgos con febril búsqueda, esperaban a que acudiera alguno restregándose las manos meliflúo y cariñoso, preguntándoles «¿Se os ha perdido algo?», y poder contestar los bachilleres con voz cavernosa y socarrona: «Sí, sí; el testamento de Judas», y salir corriendo.

Más reciente es este sucedido en un café entre un grupo de mallorquines y una dama francesa paludadora de las bellezas de la Isla: —¿Usted quién es?—le pregunta la dama a uno. —Soy capitán de la Marina mercante. —¿Y usted?—le pregunta a otro. —Yo soy «chuetas». —¿Qué es que ce ca? —¡Beaucoup ordinaire, beaucoup ordinaire! —respondió el almidido.

(5) Es admirable la avidez aglutinante del núcleo central e imperial de nuestra Castilla, de nuestra España, fusionadora de sangre y de razas.